



—¡Llama a las niñas; veamos donde están!  
Entraron las dos corriendo y Rosa les dijo:  
—¡Abrazad á mi padre; es vuestro abuelito!  
Todos lloraban mezclándose los besos con los sollozos, y al ver el artista reflejarse aquel grupo en el espejo, exclamó entusiasmado:

—¡Buen asunto para una escultura!  
Desprendióse Rosa de los brazos del anciano, tomó sus dos manos oprimiéndolas con fuerza y le preguntó mirándole fijamente, cual si quisiera leer en su rostro la verdad de la respuesta:

—¿Gavirio, podría yo llegar á ser una buena escultora?

Comprendió el anciano que la desdichada quería encontrar en el arte un consuelo á sus pesares y, recordando las felices disposiciones que de niña tenía, contestó con entusiasmo:

—¡Sí, hija querida, seca tus lágrimas, olvida al ingrato que no supo comprender lo que vales, conságrate al arte y ya verás como logras adquirir gloria. ¡Tu serás una gran escultora!

—La vida no tiene ya para mí ningún atractivo, — dijo Rosa con amargura — pero estas angeles criaturas llevan en su pura frente el sello del deshonor; quiero borrar ese estigma, quiero legarlas un nombre redimido de la culpa, honrado por el trabajo. ¡No quiero que sean las hijas de la querida de Jacinto; quiero que sean las hijas de la escultora!

\*\*\*

El taller de Gavirio era una maravilla. De cuantas obras notables se ejecutaban allí, quedaba el modelo en yeso, y muchos iban á visitar el taller para admirar tantas bellezas artísticas.

Varios escultores y Rosa trabajaban bajo su dirección. El anciano sufría mucho al ver á su hija adoptiva poseída siempre de la misma tristeza.

Vestía ésta una larga blusa, tenía el cincel en la mano y á sus pies el menudo polvillo del mármol.

En cierta ocasión hallándose los dos solos abrazóla él con infinita ternura elogiando su trabajo.

Movió ella la cabeza diciendo con amargo tono:

—Ya llevo tres años trabajando y aún no he producido ninguna obra buena, nada que valga. Le ayudo á usted, es verdad, y gracias á su generosidad vivimos mis hijas y yo sin aceptar nada de Jacinto; pero esto no me satisface. ¡Anhele la gloria, ansio ganar el pan que comen mis hijas!

—¡Bravo! — exclamó Gavirio, — así me gusta verte: enérgica, sedienta de gloria, de fama y de dinero. Todo cuanto poseo es tuyo, es para nosotros, pero quiero verte salir de ese letargo en que vives. Tu insensato amor mata en ti todo lo que hay de artista; olvida, olvida, hija mía; conságrate al arte con alma y vida y lograrás la inmortalidad. ¡Vales mucho, Rosita mía; te lo dice tu padre, te lo dice el gran escultor Gavirio!

Sonrió Rosa, cubriéronse sus mejillas de carmín, animáronse sus pupilas con vivo fulgor, acercóse á Gavirio, apoyó las manos en sus hombros y preguntóle ansiosa:

—¿Podría yo hacer la *Dolorosa* al pie de la cruz?  
—¡La *Dolorosa*! — dijo Gavirio; — no sabes lo que me pides; hacer esa escultura es el más hermoso de mis sueños.

## LA ESCULTORA

(Conclusión).

Cuando se vestía para ir á la estación á esperar á Gavirio, sintió un fuerte campanillazo y entró él jadeante, rebotando alegría, con un periódico en la mano, diciendo á grandes gritos: —Rosa, Rosita, hija querida, ven, abrázame, te perdono, soy muy feliz, muy dichoso y necesito compartir contigo mi alegría.

Rosa le tendió los brazos con gran emoción. Abrazáronse los dos estrechamente, después de tantos años de ausencia, y acariciándole con inmenso cariño le preguntó ella:

—¿Qué le sucede á usted, mi buen Gavirio? ¿qué le produce tan inmenso placer?

—Toma, querida mía, lee, lee y verás qué gloria. ¡Mi escultura, *Daniel en la cueva de los leones* ha obtenido en Roma el primer premio. Oyelo bien; el primer premio!

—¿Y eso le produce á usted tanto placer?

—Ya lo creo, hija mía — contestó él, sorprendido. — ¡No hay nada como la gloria! ¡Ver que todos admiran mi obra, que me premian, que me felicitan, que me ofrecen por mi escultura una fortuna y que me hacen tantos encargos, que ni en diez años podré terminarlos... Pero ¿qué tienes, hija mía? por qué lloras cuando yo estoy tan alegre? Ven, siéntate en mis rodillas, como cuando eras niña, y cuéntame tus pesares.

Entonces la desventurada, entre convulsivos sollozos, contó á Gavirio el abandono de Jacinto.

—No te aflijas — dijo el buen anciano — seca tus lágrimas, aquí estoy yo, aquí está tu padre; te llevaré á Roma y ya verás como te distraes. Comprendo tu pena, porque he pasado por iguales circunstancias y, sin embargo, ya ves cuán feliz soy hoy. Nada de llanto; llama á tus hijas, que vean á su abuelito.

—¿Qué bueno es usted, padre mío! ¡Qué consuelo tan grande me da su cariño!

Aquella obra era la ilusión del anciano; quería una escultura que inmortalizase su nombre; pero ninguno de sus modelos le satisfacía.

Quedóse pensativo, fuerte lucha se entabló en su corazón, vacilaba entre el cariño inmenso que tenía á Rosa y su amor al arte. Al fin, venció su afecto paternal hacia aquella desventurada criatura y la dijo estrechándola en sus brazos:

—¡Haz la *Dolorosa* al pie de la cruz!; pero que sea una obra maestra: únicamente con esa condición te la cedo. ¡Mira, Rosita, que hago por ti el mayor de los sacrificios!

\*\*\*

Tres años habían transcurrido desde que dejaron á Francia y en vano el buen anciano se esforzaba en distraer á Rosa.

El cambio de país, el continuo viajar, sólo había servido para aumentar su pena. Italia, con todos sus grandes encantos, no logró distraerla. En todas partes echaba de menos á Jacinto.

En Venecia, reclinada en una góndola, entristeciase por no tener á su lado al amado de su alma.

En Florencia, admirando tantos sitios pintorescos, en Roma ante sus hermosos edificios, sus ruinas y su grandeza, su alma se encontraba sola, no tenía unos ojos que buscasen los suyos, una mano que oprimir, un sér á quien comunicar sus impresiones. Gavirio estaba á su lado, era bueno y cariñoso; mas ¡ay! ese afecto no satisfacía, no llenaba su corazón apasionado y ardiente.

El trabajo tampoco lograba dominar su pena: se la antojaba que nunca lograría pasar de medianía, que nunca produciría nada notable, y esto la desalentaba.

Su imaginación sólo se complacía en recordar los días felices en que creyéndose amada se entregaba á Jacinto en cuerpo y alma, aquellas horas tan dichosas que pasó de Brillancourt en el nido encantador.

Enojábase contra sí misma por no tener fuerza de voluntad para olvidar al ingrato, al cruel que marchitó sus ilusiones y deshonró su nombre haciéndola tan desgraciada.

Al dejarla Gavirio hacer la *Dolorosa*, sintió infinita alegría y se puso á trabajar con ardor febril pasándose las horas en el taller sin acordarse de nada.

Surgía hermosísima la imagen del Crucificado, destacándose sobre la cruz, y en su semblante dulce y melancólico veíase el destello de la divinidad. ¡No era un sér humano el que estaba enclavado en la cruz, era Dios, Dios, todo amor y piedad, sufriendo gustoso el cruento martirio por tal de redimir al género humano!

Todos los que visitaban el taller hacían elogios de aquella obra. Rosita se animaba mucho, poco á poco iba borrándose de su mente el recuerdo de Jacinto, ansiando con más fuerza la sed de gloria.

Ya no era la mano perezosa la que trabajaba, era su alma, su alma dolorida con tantos pesares, angustiada por el vérgonzoso deshonor que legaba á sus hijas, y anhelosa de rehabilitar su nombre.

¡Como si por misterioso conjuro todos los sufrimientos que torturaban su alma, todos los pesares que desahogaban su corazón se hubiesen trasladado al mármol, se vieron impresos en el bello semblante de la Virgen madre, un dolor sin consuelo, un pesar infinito, el verdadero dolor!

—¡Eureka! — exclamó Gavirio con entusiasmo. — ¡Rosa, Rosita querida, has hecho una obra colosal! Tu *Dolorosa* irá á la Exposición y estoy seguro que ganarás un premio.

\*\*\*

Con respeto y admiración se hablaba de la célebre escultura de Rosa Barbastro que había obtenido un premio en la Exposición por la *Dolorosa* al pie de la cruz.

Gavirio, apenas trabajaba ya; su protegida continuaba al frente del taller, teniendo cada día más encargos, siendo muy notables los bustos que hacía, por el gran parecido, la finura de las líneas y la suavidad del contorno.

Su aspiración estaba cumplida. Tenía fama, tenía dinero con que sostener á sus hijas y el estigma desaparecía. ¡Eran las hijas de la escultora!

Una risueña tarde de verano entró en el taller una señora joven y hermosa, acompañada de otra más anciana. Iban á encargarse un busto de la más joven para sorprender á su marido. Varias veces habían llegado con él hasta la puerta del taller y siempre surgía algo que las hacía desistir de entrar; pura casualidad, pero repetida con tanta frecuencia, que ahora iban ellas dos solas, sin Jacinto, y así le causaría más grata sorpresa ver el retrato de su mujer sin haberlo encargado él.

Aquel nombre de Jacinto, que siempre oía Rosa temblando de emoción, sonó aquella vez en sus oídos como otro cualquiera, sin que ningún recuerdo acudiese á su mente.

Al marcharse las señoras, la más joven dió una tarjeta á Rosa; leyóla ella y vió que decía: Concepción Serra de Bárcena. Entonces comprendió Rosa la casualidad que impedía á Jacinto subir á su taller.

¡El esposo de aquella señora era el padre de sus hijas!

Admiróse Rosa al observar que ni una fibra de su corazón se conmovía al saber que Jacinto se había casado.

Su amor, aquel ardiente amor que durante tantos años ocupó su corazón, haciéndola tan desgraciada, había muerto completamente.

No tenía celos, ni sentimiento alguno porque otra mujer fuese amada por Jacinto.

Esforzándose en avivar sus recuerdos para ver si de las cenizas brotaba alguna chispa. Con inmensa satisfacción vió que el volcán estaba apagado y que su corazón permanecía tranquilo.

Entonces, sonriente, feliz, exclamó con altivez, besando los cínceles con respeto:

—¡Mi amor ha muerto para siempre, ahora sólo amo el arte! ¡Soy escultora!

Arrodillóse ante la *Dolorosa*, oró con fervor y besó con humildad los pies del Señor.

Una dulzura infinita invadió todo su sér. Aquella hermosa escultura, no sólo la había dado la gloria y el olvido de sus pesares, sino que elevaba su corazón hacia otras regiones más puras, más serenas, donde no existen crueles desengaños y la misericordia infinita del que murió por salvarnos abre amoroso los brazos á los que en El confían.

PILAR FONTANILLES DE BÉJAR



Ilustraciones de PABLO BÉJAR.



COMPARSAS, TRAJES Y CARRO ALEGÓRICO

## FEBRERO: BIEN VENIDO

¡Adiós, desapacible y triste Enero;  
eterno mes de los cuarenta días,  
que me helaste la tinta del tintero  
y me obligaste á hacer economías  
y á sufrir varias veces  
privaciones, disgustos y escaseces!  
Desde el día feliz de Nochebuena  
en que cobré, saliendo de un apuro,  
no he vuelto, y eso, Enero, te condena,  
á ver en mi bolsillo medio duro.  
Y digo medio duro, que es bastante,  
por mor del consonante,  
pues, si con toda ingenuidad me explico,

debo afirmar que no vi un perro chico  
desde el día citado,  
hasta ayer que he cobrado nuevamente,  
y no sé, la verdad, cómo he cobrado;  
pues al llegar el 30, día ansiado  
que esperaba impaciente,  
para aumentar mi horrible pesadumbre,  
tal era ya mi falta de costumbre  
y tanto me extrañaba lo que hacía,  
que ni aún firmar la nómina sabía.  
Hoy ya cobré; cesaron mis reveses,  
y aunque, después de los cuarenta días  
que no tienen los otros once meses,

una insufrible procesión de ingleses  
venga á amargar mis dichas y alegrías,  
todo, todo lo sufro y lo tolero,  
porque llegó Febrero  
y en él endulzo mi angustiosa pena,  
mientras maldigo al insufrible Enero,  
con su terrible y larga cuarentena.  
Y si hay alguno que á decir se atreve,  
considerando que la vida es breve,  
que han sido muy contados los pasados  
días de Enero, dice tonterías...  
¡Sólo admito que han sido muy contados  
porque yo los conté todos los días!  
José RODAO

EXCMO. SR. GENERAL

## LEONIDAS PLAZA GUTIÉRREZ

ACTUAL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL ECUADOR

Con motivo de haber sido condecorado hace poco por S. M. C., procuraremos dar á conocer, aunque sea á grandes rasgos, á este distinguido mandatario.

Nació en 1865. En 1883 empezó la carrera de las armas, combatiendo en la provincia de Esmeraldas contra la dictadura del general Veintemilla.

En el año 1884 tomó parte en el combate naval de Jaramijo, á las órdenes del general Alfaro; después de esta catástrofe, vióse obligado á emigrar y se fué al Salvador, cuando gobernaba el general Menéndez. Hombre de relevantes méritos. Este, conoció en breve el valor del proscripto y le ofreció un puesto distinguido en el ejército. Tomó parte en la guerra del Salvador, contra Guatemala, asistiendo á varios combates que al fin dieron la victoria al Salvador. Por su atinada dirección en esta campaña, se le consideró uno de los mejores militares de esta épica contienda, y en premio á sus esfuerzos le fué conferido el grado de general.

Desterrado más tarde, pasó á Nicaragua, donde gobernaba, por entonces, el Doctor Lacasa, hombre de ninguna habilidad política, que originó una tremenda guerra civil, en la que luchaban unidos contra él liberales y conservadores, Plaza tomó parte, y unas veces vencedor, otras vencido, fué hecho prisionero en León y desterrado también.

Pasó entonces á Costa-Rica. Allí contribuyó al triunfo electoral del general Iglesias, proclamado por la fusión de liberales. Iglesias le nombró jefe de la plaza de Alhajuela.

Al iniciarse en 1805 el movimiento contra el gobierno del Doctor Cordero, el general Plaza, fiel á su consigna: *Mi espada y mi vida son de mi patria*, regresó al Ecuador y tomó parte activa en la campaña. Durante la administración del general Alfaro le fueron confiados varios cargos importantes que desempeñó con honradez y tino poco comunes.

Sus ideas liberales y su carácter conciliador y recto, le facilitaron su elevación á la Presidencia, que ha sido bien aceptada por todo el país, quien confía ver realizados por él los grandes problemas planteados por su sucesor. Ardua es la tarea, puesto que la actual crisis por que atraviesa esta República, después de largo tiempo de agitación y revueltas políticas, le impide en gran parte hacer prácticos sus excelentes propósitos; no dudamos, sin embargo, de que durante su administración podrá hacer mucho y bueno, contribuyendo así al engrandecimiento de esta hermosa región sud-americana.

El general Plaza es el más joven de los Presidentes de América, soltero, de vida sencilla, de sobrias costumbres, de trato llano y afable, de gallarda presencia, pero sin afectación; en una palabra, es un verdadero caballero, en quien la Patria tiene fundadas, con razón, las mejores esperanzas.

X.

## AL EMINENTE ARTISTA DELFINO MENOTTI

(IMPROVISACIÓN)

¡Ha llegado el fatal día;  
la hora triste va á sonar  
en que vamos á quedar  
sin tu grata compañía!  
¡Dicen que el tiempo es eterno!  
mas ¡con qué facilidad,  
desmiente esa eternidad  
un minuto de adiós tierno!  
¡Ya te vamos á perder  
y acababas de venir!

¡Ojos que te ven partir  
cuándo te verán volver!  
¡Ah! pero no, caro amigo,  
te vas, pero no te pierdo,  
Menotti, pues tu recuerdo  
quedará siempre conmigo.  
Y, al fin, los recuerdos son  
retratos que el alma vela,  
puesto que tienen por tela  
las telas del corazón.

Es muy grande, te lo fio,  
la magia de tu talento  
para que mudes de asiento  
sin que se note el vacío.  
¡Bien me explico tu renombre!  
Te juzgué á primera vista.  
En el hombre hay un artista,  
pero el artista es un hombre.  
Y ello da tal simbolismo,  
que no es posible evocar

al artista sin pensar  
en el hombre al tiempo mismo.  
Lo diré, porque te vas:  
Tu genio y arte y cultura  
hacen de ti una figura  
que no se olvida jamás.  
Lúcela, pues, que esa alhaja  
vale más de lo que digo,  
y no olvides á tu amigo,  
José COLL Y BRITAPAJA

